

SOLUCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL RELATIVAS A ESTOS PROBLEMAS.
Antes de poner término á este libro, me parece conveniente interrogar, así á la escuela liberal como á las socialistas, sobre lo que piensan acerca del mal y del bien, del hombre y de Dios: problemas temerosos con que tropieza forzosamente la razón al darse cuenta á sí propia de los grandes problemas religiosos, políticos y sociales.
Por lo que hace á la escuela liberal, diré de ella solamente, que en su soberbia ignorancia desprecia la teología; y no porque no sea teológica á su manera, sino porque, aunque lo es, no lo sabe. Esta escuela todavía no ha llegado á comprender, y probablemente no comprenderá jamás, el estrecho vínculo que une entre sí las cosas divinas y las humanas, el gran parentesco que tienen las cuestiones políticas con las sociales y con las religiosas, y la dependencia en que están todos los problemas relativos al gobierno de las naciones, de aquellos otros que se refieren á Dios, legislador supremo de todas las asociaciones humanas.
La escuela liberal es la única que entre sus doctores y maestros no tiene ningún teólogo; la absolutista los tuvo,

SOLUCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL RELATIVAS Á ESTOS PROBLEMAS.

Antes de poner término á este libro, me parece conveniente interrogar, así á la escuela liberal como á las socialistas, sobre lo que piensan acerca del mal y del bien, del hombre y de Dios: problemas temerosos con que tropieza forzosamente la razón al darse cuenta á sí propia de los grandes problemas religiosos, políticos y sociales.

Por lo que hace á la escuela liberal, diré de ella solamente, que en su soberbia ignorancia desprecia la teología; y no porque no sea teológica á su manera, sino porque, aunque lo es, no lo sabe. Esta escuela todavía no ha llegado á comprender, y probablemente no comprenderá jamás, el estrecho vínculo que une entre sí las cosas divinas y las humanas, el gran parentesco que tienen las cuestiones políticas con las sociales y con las religiosas, y la dependencia en que están todos los problemas relativos al gobierno de las naciones, de aquellos otros que se refieren á Dios, legislador supremo de todas las asociaciones humanas.

La escuela liberal es la única que entre sus doctores y maestros no tiene ningún teólogo; la absolutista los tuvo,

los levantó muchas veces á gobernadores de los pueblos, y los pueblos crecieron, durante su gobernacion, en importancia y poderío. La Francia no olvidará nunca el gobierno del Cardenal de Richelieu, afamado y glorioso entre los más gloriosos y afamados de la monarquía francesa. El lustre del gran Cardenal es tan limpio que afrenta al de muchos reyes, y su resplandor tan soberano que no padeció eclipse por el advenimiento al trono de aquel rey gloriosísimo y potentísimo, á quien la Francia en su entusiasmo y la Europa en su asombro llamaron á un tiempo mismo el Grande. Cardenales y teólogos fueron Jimenez de Cisneros y Alberoni, los dos ministros más grandes de la Monarquía española: el nombre de aquel está gloriosa y perpétuamente asociado al de la reina más esclarecida y al de la mujer más insigne de nuestra España, famosa entre las gentes por sus insignes mujeres y sus esclarecidas reinas: el segundo es grande en la Europa, por la grandeza de sus designios y por la agudeza y la sagacidad de su prodigioso ingenio. Nacido aquel en los dichosos dias en que los altos hechos de esta nacion la levantaron sobre la dignidad de la historia, encumbrándola hasta la altura y la grandiosidad de la epopeya, gobernó con mano firme el gran bajel del Estado; y poniendo en silencio á la tripulacion turbulentísima que iba con él, le llevó por mares inquietos á otros más apacibles y tranquilos, en donde hallaron el bajel y el piloto quieta paz y sosegada bonanza (1). Venido el segundo en aquellos tiempos miserables en que iba despeñándose ya la majestad de la Monarquía española,

(1) Leibnitz dijo del Cardenal Cisneros que «si los grandes hombres se pudieran comprar, España no habria pagado cara la dicha de tener tal ministro, aún cuando hubiera sacrificado uno de sus reinos.»—Nacido en Castilla en 1437, humilde franciscano, catedrático de Salamanca, Arzobispo de Toledo en 1493, Cardenal, primer ministro de la gran reina Isabel la Católica, y despues del rey Fernando V su esposo, murió el Cardenal Jimenez de Cisneros en 1517, despues del advenimiento de Cárlos V.

estuvo á punto de volverla su antigua majestad y poderío, haciéndola pesar gravemente en la balanza política de los pueblos europeos (1).

La ciencia de Dios da al que la posee sagacidad y fuerza, porque á un mismo tiempo aguza el ingenio y le dilata. Lo que para mí hay de más admirable en las vidas de los Santos, y señaladamente en las de los padres del Yermo, es una circuns'ancia que aún no ha sido apreciada debidamente. Yo no sé de ningun hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejercitarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demás, ó por lo entendido y vigoroso de su razon, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su ingenio; y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demás en aquel sentido práctico y prudente que se llama el buen sentido. Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés (2),

(1) Nacido en el ducado de Parma, en 1664, el Cardenal Alberoni fué desde 1715 hasta 1719 primer ministro de Felipe V. Despues de su desgracia, se retiró á Roma, donde murió en 1752.

(2) «Desde esto, dice con desenfado el Sr. Gaduel, desde esto, á la infalibilidad de la razon comun, y á poner en el consentimiento de los pueblos el *criterio* único de toda certidumbre, no es gran cosa la distancia que media, y vayan ustedes á saber hasta qué extremo habria llevado Donoso esta suposicion sobre el género humano, si «la escuela lamenesiana, por temor á las censuras, no tuviese cerrados todos los caminos para invocar abiertamente como infalible la «autoridad del humano linaje.» (*Ami de la Religion*, n. del 8 de Enero de 1853.)—No defenderemos la ilustre memoria del Marqués de Valdegamas contra semejantes injurias. Los que le hayan conocido, saben muy bien, que por nada del mundo habria él sostenido una opinion condenada por la Santa Sede; que no era el *temor de las censuras*, sino la sinceridad de su fé lo que le inspiraba, y que ninguna consideracion habria podido jamás determinarle á disfrazar su pensamiento con la superchería que el Sr. Gaduel no se avergüenza de atribuirle. Por otra parte, ninguna semejanza existe entre las ideas de Donoso y el sistema filosófico de La Mennais; y al afirmar lo contrario, su acerbo censor descubre bien que tan absurdos son sus juicios sobre las doctrinas, como sobre las in-

escogería por consejeros entre la generalidad de los hombres á los teólogos, entre los teólogos á los místicos, y entre los místicos á los que han vivido una vida más apartada de los negocios y del mundo. Entre las personas que yo conozco, y conozco á muchas, las únicas en quienes he reconocido un buen sentido imperturbable, y una sagacidad prodigiosa, y una maravillosa aptitud para dar una solución práctica y prudente á los más escabrosos problemas, y para encontrar siempre un escape ó una salida en los negocios más áridos, son aquellas que han vivido una vida contemplativa y retirada; y al revés, no he encontrado todavía, ni pienso encontrar jamás, uno de esos hombres que se llaman de negocios, despreciadores de todas las especulaciones espirituales, y sobre todo de las divinas, que sea capaz de entender negocio ninguno: á esta clase numerosísima pertenecen aquellos que toman por oficio engañar á los otros, siendo ellos los que se engañan á sí mismos. Y aquí es donde el hombre queda atónito ante los altos juicios de Dios; porque si Dios no hubiera condenado á los que le desdeñan ó le ignoran, engañadores

tenciones del ilustre publicista español. Cuanto á la frase de éste, que sirve de pretexto á las odiosas acusaciones de su crítico, expresa una verdad que se encuentra á cada paso en el Evangelio. ¿No es cierto que para el mundo la doctrina y vida cristianas son *locura*, como lo dice San Pablo (I. Cor. I. 18 y siguientes), y no es esto cabalmente *ver las cosas al revés*, dado que esta locura es la verdadera sabiduría? ¿No es verdad que la mayor parte de los hombres ven de este modo las cosas por consecuencia del pecado y de las pasiones que les turban la vista? ¿Qué otra cosa nos recuerdan incesantemente los predicadores en los púlpitos? ¿Los acusará también el Sr. Gaduel de lamenesianos hipócritas? Y nótese que el Sr. Donoso habla aquí de los juicios de los hombres sobre la vida mística y contemplativa, es decir, sobre uno de los puntos que más repugnan á la naturaleza corrompida, y que ella tiene más dificultad en comprender; porque el hombre animal mientras persiste en su corrupción, está *condenado irremisiblemente á no ver sino al revés* las cosas del espíritu de Dios: *Animalis autem homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei. Stultitia enim est illi, et non potest intelligere.* (I. Cor. II. 14.)

de profesion, á ser perpétuamente torpes; ó si no hubiera puesto un límite en su propia virtud á los que son prodigiosamente sagaces, las sociedades humanas no hubieran podido resistir ni á la sagacidad de los unos ni á la malicia de los otros. La virtud de los hombres contemplativos y la torpeza de los hábiles son las únicas cosas que mantienen al mundo en su sér y en un equilibrio perfecto. Un solo sér hay en la creación que reúne en sí toda la sagacidad de los seres espirituales y contemplativos, y toda la malicia de los que ignoran ó desprecian á Dios, juntamente con todas las especulaciones espirituales. Ese sér es el demonio. El demonio tiene de los unos la sagacidad sin su virtud, y de los otros la malicia sin su torpeza; y de aquí cabalmente le viene toda su fuerza destructora y todo su inmenso poderío.

Por lo que hace á la escuela liberal, considerada en general, no es teológica sino en el grado en que lo son necesariamente todas las escuelas: sin hacer una exposición explícita de su fé, sin cuidarse de declarar su pensamiento acerca de Dios y del hombre, del mal y del bien, y del orden y del desorden en que están puestas todas las cosas criadas; y haciendo ostentación, por el contrario, de tener por cosa de ménos valer estas altísimas especulaciones, puede afirmarse de ellas, sin embargo, que cree en un dios abstracto é indolente, servido por los filósofos en la gobernación de las cosas humanas, y por ciertas leyes que instituyó en el principio de los tiempos, en la gobernación universal de las cosas. Aunque es rey de la creación el dios de esta escuela, ignora perpétuamente con una augusta ignorancia la manera en que sus reinos son gobernados y regidos: cuando diputó los ministros que los gobernarán en su nombre, depositó en ellos la plenitud de su soberanía, y los declaró perpétuos é inviolables. Desde entonces acá los pueblos le deben culto, pero no obediencia.

Por lo que hace al mal, la escuela liberal le niega en

las cosas físicas y le concede en las humanas. Para esta escuela todas las cuestiones relativas al mal ó al bien se resuelven en una cuestion de gobierno, y toda cuestion de gobierno en una cuestion de legitimidad; de tal manera, que cuando el gobierno es legítimo el mal es imposible; y por el contrario, cuando es ilegítimo el gobierno, el mal es inevitable. La cuestion del bien y del mal se reduce, pues, á averiguar, por una parte, cuáles son los gobiernos legítimos, y por otra, cuáles son los usurpadores.

Llama legítimos la escuela liberal á los gobiernos establecidos por Dios, é ilegítimos á los que no tienen origen en la delegacion divina. Dios quiso que las cosas materiales estuvieran sujetas á ciertas leyes físicas que instituyó en el principio, y de una vez para siempre; y que las sociedades se gobernarán por la razon, encarnada de una manera general en las clases acomodadas, y de una manera especial en los filósofos que las enseñan y dirigen: de donde se sigue por consecuencia forzosa, que no hay más que dos gobiernos legítimos: el gobierno de la razon humana, encarnada de una manera general en las clases medias, y de una manera especial en los filósofos; y el gobierno de la razon divina, encarnada perpétuamente en ciertas leyes á que están sujetas desde el principio las cosas materiales.

No dejará de causar extrañeza á mis lectores, y sobre todo á mis lectores liberales, esta derivacion de la legitimidad liberal, del derecho divino; y sin embargo, nada hay para mí más evidente. La escuela liberal no es atea en sus dogmas, aunque no siendo católica, vaya á parar, sin saberlo y aún sin quererlo, de consecuencia en consecuencia, hasta los confines del ateísmo. Reconociendo la existencia de un Dios criador de toda criatura, no puede negar en el Dios que reconoce y afirma, la plenitud original de todos los derechos, ó la soberanía constituyente, que viene á ser lo mismo en el lenguaje de la escuela. Es católico el que reconoce

en Dios la soberanía constituyente y la actual; es deísta el que le niega la actual y reconoce en él la constituyente; es ateo el que niega de él toda soberanía, porque le niega la existencia. Siendo esto así, la escuela liberal, en cuanto deísta, no puede proclamar la soberanía actual de la razon, sin proclamar al mismo tiempo la constituyente de Dios, en donde la primera, que es siempre delegada, tiene principio y origen. La teoría de la soberanía constituyente del pueblo es una teoría atea, que no está en la escuela liberal sino como el ateísmo está en el deísmo, en calidad de consecuencia lejana aunque inevitable. De aquí proceden las dos grandes parcialidades de la escuela liberal: la democrática y la liberal, propiamente dicha; la segunda más tímida, la primera más consecuente. La democrática, arrastrada por una lógica inflexible, ha ido á perderse en estos últimos tiempos, como los ríos van á perderse en la mar, en las escuelas á un mismo tiempo ateas y socialistas; la liberal lucha por estar quieta en el alto promontorio que ha levantado para sí, puesto entre dos mares que van alzando sus olas y que cubrirán su cima: el socialista y el católico. De esta última solo hablamos aquí, y de ella afirmamos que no pudiendo reconocer la soberanía constituyente del pueblo sin ser democrática, socialista y atea; ni la soberanía actual de Dios sin ser monárquica y católica, reconoce por una parte la soberanía originaria y constituyente de Dios, y por otra la soberanía actual de la razon humana. Y véase cómo teníamos razon al afirmar que la escuela liberal no proclama el derecho humano sino como derivado originariamente del divino.

Para esta escuela no hay otro mal sino el que procede de no estar el gobierno en donde le puso Dios desde el principio de los tiempos; y como las cosas materiales están perpétuamente sujetas á las leyes físicas que fueron contemporáneas de la creacion, la escuela liberal niega el mal en la